



JOSEP OLIVER ALONSO

Catedrático de Economía Aplicada. UAB. Codirector de EuropeG

Los jóvenes, el paro estructural y el contrato indefinido

Se terminaron las elecciones. Y la nueva legislatura debería significar, a pesar de la recuperación del empleo, un cambio radical al abordar algunos problemas del mercado de trabajo. Sinópticamente, destacan hundimiento demográfico y ocupación y actividad en jóvenes, y necesidades de recualificación de parados estructurales, junto al diseño de una adecuada política de inmigración.

En el primer ámbito, hay que recuperar empleo para el colectivo de 16 a 39 años, cerrar la brecha de la contratación temporal, estimular su actividad y mejorar su preparación. Entre los primeros trimestres de 2008 y de 2016, su empleo se ha hundido un insólito 33,3% (-3,7 millones), frente al aumento del 11% para los de 40 a 64 años (+1 millón). Con ello, su peso ha caído del 54% al 41%. Este colapso de la ocupación joven refleja, indirectamente, la incidencia de la contratación temporal (un 38% de sus asalariados, con una contracción del 43% entre 2008 y 2016) y, por ende, la necesidad de una contratación más estable.

Pero también expresa el hundimiento de su población, por emigración o envejecimiento: entre las mismas fechas, una reducción del 17,5% (-2,8 millones activos potenciales), al tiempo que la población de 40 a 64 años ha aumentado un 13,7% (+2,0 millones). Ello se ha traducido en un marcado envejecimiento de la población en edad de trabajar, con sus negativos efectos sobre la innovación o la incorporación del cambio técnico.

Para empeorar las cosas, este hundimiento poblacional es distinto según edades: la caída agregada del -17,5% refleja una media de mayores contracciones en los colectivos más importantes

para el mercado de trabajo. Así, entre 2008 y 2016, el de 25 a 29 años ha colapsado un increíble -30,5% (-1,1 millones), el de 30 a 34 años un -25% (-1,0 millón) y un -19,1% el de 20 a 24 años. Junto a esta pérdida poblacional, hay que reseñar la caída de la tasa de actividad (del 76,7% al 73,3% entre los primeros trimestres de 2008 y de 2016), que ha sido mucho más intenso para los menores de 29 años.

Caídas de la población en edad de trabajar y retroceso de su participación se han traducido en un hundimiento de los activos jóvenes: entre 2008 y 2016, pérdida del 21,1%, expresiva de hundimientos más elevados en los grupos que más presencia deberían tener. Así, los de 20 a 24 años ha reducido sus activos más del 34%, más del 32% los de 25 a 29 años y

El avance del PIB se encamina a generar un empleo envejecido

más del 23% los de 30 a 34. Solo los de 35 a 39 han aumentado ligeramente sus efectivos, pero ello es un espejismo: a medida que esta generación sea sustituida por la anterior, también se hundirán.

En suma, notable retroceso de población joven, caídas en su participación y hundimiento de sus activos. A este dramático resumen hay que sumar el que anticipan las previsiones demográficas para esta cohorte los próximos diez años: el INE estima que, entre 2014 y 2023, la pérdida del colectivo de 16 a 39 años será superior a otros 2,0 millones. De continuar una cierta mejora del empleo, no

imagino como puede funcionar el empleo en el segmento de los jóvenes. Porque el mercado de trabajo es una ficción teórica: se compone de múltiples submercados, con especializaciones y características individuales distintas, donde los excesos de unos no siempre pueden cubrir los déficits de otros. A estos desajustes oferta-demanda de empleo según características individuales de los demandantes, hay que añadir los existentes entre formación y demanda de calificación de las empresas.

Sumándolo todo, este duro panorama anticipa nuevas entradas de inmigrantes, como sucedió ya a finales de los 90. Entonces, ni la elevada tasa global de paro (en el entorno del 16%) ni la de los jóvenes de 16 a 34 (por encima del 25%) fueron obstáculo para que la inadecuación oferta-demanda de empleo se filtrara al exterior, inicialmente en forma de inmigración cualificada en oficios diversos.

Y ello nos conduce a un último aspecto especialmente sensible. Con un elevado desempleo juvenil (25%) y una muy alta incidencia de paro estructural (dos o más años en el desempleo), del orden del 38%, son imprescindibles políticas activas de empleo que permitan recuperar parte de esos activos jóvenes, hoy marginados. De no hacerlo, deberemos afrontar la paradoja de convivir con un elevado paro estructural (de baja cualificación) y crecientes necesidades inmigratorias (de cualificaciones más altas). Además, a este problema, hay que añadir el de los activos de 40 a 64 años, donde el paro estructural supera el 62% del total.

Recualificación y mejor adaptación del sistema educativo a las necesidades del tejido productivo se suman, pues, a los retos de la caída demográfica y de la pérdida de capacitaciones provocada por el paro estructural. A ellos hay que sumar la necesidad de recuperar el empleo y la actividad de los jóvenes y preparar adecuadamente cómo afrontamos la nueva entrada de inmigrantes jóvenes, si la recuperación continúa al ritmo actual, cosa que habrá que ver dado el impacto del *brexit*.

La crisis ha generado un choque muy asimétrico en jóvenes y mayores, acentuado por el intenso cambio demográfico. Sin profundas modificaciones, el avance del PIB se encamina a generar un empleo crecientemente envejecido, necesidades inmigratorias y, simultáneamente, elevado paro estructural. ¿Es lo que deseamos?